

PICARDIAS



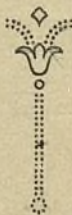
zizí
hace
locuras

50
CTS

ZIZI HACE LOCURAS

PICARDIAS
1

ZIZI HACE LOCURAS



PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo

MADRID

Apartado: 8.012

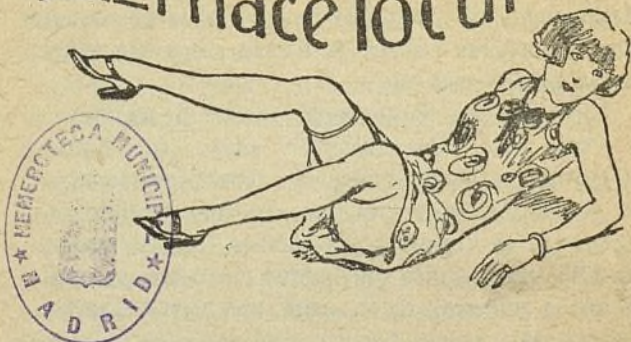
PRENSA MODERNA
IMPRESA
LARRA, 13 MADRID



DO

de
de
y
pa
ci
fi
ru

Zizi hace locuras



DONDE SE PRUEBA QUE LOS RATONES HACEN MAL
EN PONERSE A BAILAR CUANDO CREEN QUE EL
GATO NO ESTÁ PRESENTE

Oye, Zizi. Báilanos una vez más el charleston como lo bailan en el Molino.

La demanda de todas las aprendizas del taller Taquin era apremiante.

Zizi Boufette, más conocida con el sobrenombre de Roudoudou por causa de las pastas odoríficas y más o menos gelatinosas que mascaban a cada paso sus dientes, obligándole a que estuviera haciendo constantemente muecas, elevó su pequeña figura de ratita, pero de ratita que hubiera nacido rubia.

Eran las doce del día

Solamente las aprendizas se hallaban en el taller desayunando el contenido de las pequeñas cestas que sus señoras madres les habían preparado antes de la partida matinal.

Zizí, con pie ligero, saltó encima de la mesa.

Podía tener hasta dieciséis años; pero desde luego no los representaba. Su vestido era todavía el de las chicuelas; un trajecito muy simple que apenas si le llegaba a las rodillas, medias grises de hilo, zapatos más sólidos que elegantes, y coronando la epidermis de su carita, una completa gama de cremas y polvos blancos, negros, rojos y ocre de los que no se libraban siquiera sus ojos.

Juzgándola por el vestido, era una pequeña obrera modista.

Por la figura era una muñequita inquietante, de esas que a cada uno de nosotros nos gusta encontrar en nuestro camino, pero que nos gustaría todavía más el poderlas apartar del suyo.

Zizí, por otra parte, cuando retornaba al hogar familiar, tenía buen cuidado de lavarse bien la cara para que no quedara sobre ella ni la menor huella de pinturas ni de mejunges, porque si bien la muchachita era precozmente viciosa, no es menos cierto que era una personilla a quien no gustaban los dramas del hogar, sobre todo si la tocaba representar el papel de víctima.

Pertenecía a una honrada familia de obreros

del barrio de Batignolles. Su madre iba de asistenta a las casas, y su padre, después de su labor del taller, tenía el pistón en el baile del Molino de la Galette.

De aquí, sin duda, era de donde tenían su origen las habilidades coreográficas de la pequeña Roudou.

Zizi, hemos dicho que por la invitación de sus compañeras había saltado con pie ligero sobre la gran mesa del taller, desembarazada para las circunstancias de los vestidos que se estaban confeccionando, y en medio de los alfileteros, de las sisas y de los pares de tijeras, comenzó a remover su trasero y sus piernas a los acordes de una musiquilla de moda que era tarareada por todas las aprendizas.

Las pocas que no conocían la musiquilla aquella la acompañaban con palmas.

Los pequeños pies de Zizi se balanceaban con balanceos rápidos. Las rodillas, animadas por un movimiento epiléptico, se agitaban, se unían, se separaban alternativamente, y la corta falda, al levantarse merced a los bamboleos que le imprimía el baile, descubría unos muslos delgados, cruzados en su mitad por los gruesos elásticos que sujetaban las medias.

El charleston terminó.

Pero aquel improvisado número de varietés no había tenido un fin del gusto de Zizi.

Coloradita por la agitación del baile, sin darse siquiera tiempo para respirar, anunció a sus compañeras :

—Y ahora os voy a bailar el «black-bottom» como lo baila Josefina Baker, pero sin plumas.

Cogió el vestido con las dos manos y lo subió con todo lo que tenía debajo, y exhibió un traserito redondo, al que su dueña no le había querido proporcionar la molestia de ponerle encima un pantalón. Claro que también exhibió algo más que el traserito.

El vientre se agitó ; la grupa saltaba a intervalos.

Esta vez no tuvo acompañamiento de músicas ni de palmadas, porque las aprendizas estaban sofocadas de risa.

¡ Qué gran tipo era aquella gran Zizí !

Emocionada por aquel éxito, la pequeña Roudoudou se entregaba al baile con tanto entusiasmo, que no oyó el ruido que produjo al abrirse la puerta del taller.

Y aunque lo hubiese oído, la cosa tampoco tendría remedio

La señora Taquin, la dueña del taller, hizo su aparición en la sala clara en compañía de un joven que llevaba una cartera bajo el brazo.

La dama, como si no viera bien el espectáculo, se llevó los impertinentes a los ojos, y ante la visión de aquella parte del cuerpo tan particular, exclamó :



Remangóse la falda hasta dejar al aire su lindo traserito.

—Señorita Boufette. Pase usted por la caja a las dos. Allí le extenderé un pasaporte para que pueda enseñar el trasero en otra parte. ¡Desvergonzada!

Sorprendida Zizí por aquella voz y por aquellas palabras, se enredó entre los alfileteros y los pares de tijeras, y cayó sentada sobre la gran mesa, en un final que todavía no había aprovechado Josefina Baker para terminar sus «black-bottoms».

Muy digna madame Taquin del acto de justicia que acababa de hacer, se quitó los impertinentes y designó al joven los muros que era necesario medir.

El joven Ivon Placolle, el ayudante del arquitecto Gamé, antiguo ministro de Pequeñas Combinaciones, y que, gracias a las potentes influencias con que contaba, había obtenido el monopolio de la instalación de la calefacción central en los talleres de costura parisinos.

Sacó de la cartera un metro plegable.

Cada vez más digna, madame Taquin se retiró, lanzando una mirada que gravitó pesadamente sobre la cabeza de todas las aprendizas.

—¡M. .!—exclamó sentenciosamente la pequeña Zizí cuando la dueña del taller hubo traspuesto la puerta—. Yo conozco a alguien que, a partir de esta tarde, no va a pertenecer a la clase.

Pero como se trataba de una personita que no le agradaba que se leyera en sus pensamientos, atacó el «Valencia» con tanto furor, que al ayu-

dante del arquitecto Gamé se le escapó de las manos el metro plegable.

Invirtió mucho tiempo en volverlo a recoger.

El espectáculo de las piernas gráciles de todas aquellas señoritas le interesaba mucho más que las paredes que le habían encargado medir.

Medias de seda, medias de hilo, incluso medias de lana: todo esto era lo que se agitaba debajo de la gran mesa de costura.

Se apercibía el arranque de muslos, mal velados por las puntillas de los pantalones o por las camisas bien echadas hacia abajo, por las que no llevaban cucos, que este era, como se sabe, precisamente el caso de la pequeña Roudoudou.

Ivon Placolle lamentaba desde el fondo de su alma el que la presencia de madame Taquin hubiera puesto un final tan rápido con su inesperada llegada.

Sus ojos, en lugar de fijarse en el carnet de notas cubierto de cifras cabalísticas, se fijaban en el taburete de paja donde Zizi se aplastaba.

Y el hombre suspiraba profundamente.

Aquella grupa que no había podido ver más que de refilón, ¿no le sería posible volverla a ver?

Puesto que acababan de despedir a la muchacha, bien podría..

Tomó su resolución rápidamente.

—Señorita Boufette: antes de dejar la casa, ¿se-

ría usted tan amable que nos diera una representación de despedida?

Zizí dejó la labor sobre la mesa y miró al impertinente.

—¿Una representación de qué?

—Pues... una representación de bailes como la que daba usted hace un momento.

La manecita de Zizí se agitó en el aire, y por dos veces cayó en el rostro del ayudante de arquitecto :

—¡ Insolente !

Zizí volvió a sentarse en su tabureté.

Sus camaradas creyeron por un instante que la muchacha estaría orgullosa de su acto de autoridad.

Nada de eso.

Mirando las mejillas enrojecidas de Ivon Placolle, la desventurada Roudoudou pensaba que dentro de poco serían otras mejillas las que, bajo el azote maternal, iban a enrojecer de la misma forma cuando comunicara a la señora Boufette que la habían puesto en las puertas de la calle.

EN EL QUE SOLAMENTE LOS BUÑUELOS VUELVEN

Te van a armar el gran escándalo, Zizi?—le interrogó ansiosamente Melie, su pequeña camarada, cuando llegó la hora feliz de la salida, y al sonar las seis y media de la tarde todas las señoritas aprendizas abandonaron tumultuosamente el taller.

La pequeña Roudoudou se encogió de hombros y alzó la cabeza.

—¿El gran escándalo a mí?—dijo.

—Claro.

—Ni lo pienses. Yo hago en mi casa lo que me da la gana. No faltaría más sino que me dijeran algo. Yo me gano mis alubias. ¿Entonces?

A pesar del tono de seguridad con que pronunciaba aquellas bellas palabras, su pequeño trasero se encogía con angustia. Era que mamá Boufette, cuando la buena señora montaba en cólera, no se podía decir que ruviése la mano ligera.

Y en el «Metro» que la llevaba a su barrio de Batignolles se dejó apretar por los viajeros del sexo masculino con menos buen humor que de costumbre.

—¡Vaya, ya está aquí!—exclamó madame Boufette madre cuando Zizí tiró con mano temblorosa del cordón de la campanilla.

—Anda, entra. A ti solamente esperábamos ya. ¿No sabes que hoy es el día de la Candelaria?

No, desde luego; la pequeña Roudoudou no lo sabía o, por lo menos, si lo sabía, se le había olvidado.

¡La Candelaria!

¡La juerga familiar en perspectiva!

En el estrecho comedor veía ya, alrededor de los platos alineados y ante el litro de vino blanco comprado por la circunstancia, a la tía Ernestina, a sus dos hijos, a su padre y al primo Bonifacio en mangas de camisa.

¡La Candelaria!

¡Vaya! Iban a hacer buñuelos. Después, siempre habría tiempo de explicar lo que le había sucedido en el taller.

No era cosa de aguar la fiesta.

Ya el primo se había metido en la cocina.

Cuando le quedaba tiempo para serlo, el primo era viajante de comercio. Pero por eso él no dejaba de guardar todas las tradiciones familiares.

Así, no hubiera dejado pasar nunca el mes de

febrero sin ir a casa de su tía a hacer los buñuelos tradicionales y a exigir que cada uno diera vuelta a su buñuelo teniendo un luis de oro en la mano izquierda.

—Comienzo—dijo cogiendo el rabo de la sartén—. Fijaos bien en cómo se hace.

Todos miraron y vieron, después de una curvatura graciosa, al buñuelo extenderse sobre sí mismo, como un pañuelo sobre la cuerda tendida por la señora Boufette para poner a secar la ropa después de la colada semanal, que tenía por costumbre hacer los sábados.

—Ni aunque lo hubiera hecho a propósito, no me hubiera salido así—dijo el hombre un tanto vejado—. Pero eso no tiene la menor importancia, ya que, por lo menos, os he hecho reír a todos.

Y sujetando siempre el rabo de la sartén, lanzó el segundo buñuelo, no al aceite, sino al fuego.

—¡Vaya! ¡Es poco acierto el que tengo hoy! —masculló—. Ernestina, haga el favor de darme la pasta.

Ernestina se la dió.

Calentó un instante el ingrediente a la caricia del fuego, después tomó una bella forma redonda, se doró...

Bonifacio dió un pequeño puñetazo.

Y esta vez no se vió descender al buñuelo.

Por el contrario, se le vió salir volando por la ventana abierta.

—¡ Que me elijan ahora mismo en las elecciones legislativas! ¡ Que me obliguen a leer la *Acción francesa* si no hago un buñuelo como es debido.

Todos los presentes pusieron manos a la obra.

Hubo buñuelos por todos los hogares de la cocina, sobre las sillas, sobre el armario.

A la tía Ernestina le cayó uno encima del moño, y el papá de Zizí no tardó mucho en ponerse a mugir como un buey porque un trozo de masa caliente había ido a cubrir su calva.

Pero sin otro cuidado que el de agitar correctamente su buñuelo con sus veinte francos en la mano, el primo Bonifacio continuaba.

Nunca se habían divertido tanto los hijos de la tía Ernestina.

No por causa de los vuelos y de las caídas, cada vez más imprevistas, de los buñuelos, sino porque, como todo el mundo estaba ocupado con aquella labor, ellos habían bloqueado a Roudoudou en un rincón, y no paraban de pellizcarla y de entregarse a otros escarceos que eran precisamente los que causaban la diversión de los muchachos.

Zizí, de un azote, hizo retroceder una mano que, más audaz que las otras, se iba aproximando a un lugar que la muchacha no estaba dispuesta a permitir que franqueasen.

Apartó a los aprovechados abusones y se metió de rondón en la cocina.

Cansado de la tarea, Bonifacio se había dejado caer sobre una silla.

Zizí le abrió delicadamente la mano y se apoderó de la pieza de veinte francos.

—¿Me permites que ensaye mientras tú descansas?—preguntó a su primo.

Sin esperar su asentimiento, metió la pasta en la sartén y la puso al fuego. Un movimiento torpe y la masa harinosa fué a estrellarse contra los cristales.

—¡Zut! ¡He perdido! Pero eso no tiene ni la más mínima importancia. Me quedo de todas formas con los veinte francos por el trabajo que me he tomado. Y ahora..., ¡adiós! ¡Me voy a vivir mi vida!

Y antes de que nadie hubiera podido, ni siquiera pensado, interponerse, salió, cerró la puerta de entrada y se encaramó sobre la barandilla de la escalera.

Por aquel tobogán improvisado descendió con una rapidez que iba aumentando de piso en piso.

El vestido y la camisa volaron por encima de su cabeza, descubriendo una vez más aquella parte de su cuerpo que, por haberla mostrado sin inútiles trapajos, le había valido los rigores de madame Taquin.

La madera pulida de la baranda le quemaba los muslos y las mejillas posteriores con un roce rápido.

Zizí no tenía enmienda.

Pasó como un bólido ante la gruesa dama del cuarto piso, la cual, al verla en semejante guisa, se santiguó rápidamente, creyendo que se trataba de una diabólica aparición.

La bola de la escalera la hizo detenerse bruscamente.

—¡ Oh!—exclamó la pequeña Roudoudou descendiendo y llevándose la mano a la parte dolorida—. ¡ Si tendré mala suerte! En qué sitio me he ido a dar el golpe

Pero comprendiendo que no disponía de tiempo para dedicarse a darse una fricción en un lugar en que tal vez el roce hubiera resultado contraproducente, en dos saltos y tres pernadas se plantó en la calle.

Allí, para aprovecharse bien de la libertad que iba a disfrutar en lo sucesivo, se metió en el «Metro».

Paradojas.

LA VIDA

Es una lástima—se dijo a sí misma la pequeña Roudoudou al ganar de nuevo la superficie de la tierra, es decir, al poner su rubia personilla en lo alto de la estación Pigalle—; es una lástima que no haya tenido tiempo de comunicar a Melie mis proyectos. Reuniéndose dos debe ser más alegre esto de vivir la vida.

En lo de vivir la vida, la señorita Boufette lo interpretaba en un sentido de juerga, y por eso precisamente era por lo que se había dirigido a Montmartre, y no a buscar trabajo de costura en la Rue de la Paix.

Con las monedas sueltas que le quedaban en el bolsillo del abrigo compró un ramito de violetas, y con paso alegre y ligero se fué hacia las pequeñas calles que rodean el Molino de la Galette para tentar la aventura.

En el «Metro», y sirviéndole de espejo la porte-

zuela, en la cual su linda carita se reflejó bastante defectuosamente, se había maquillado «a la diabla», lo que en el argot de los talleres de costura quiere decir de prisa y mal.

Con la cabeza al descubierto y con todas aquellas pinturas extravagantes, Zizí tenía el aire de lo que su mamá no hubiera supuesto nunca que llegaría a ser.

Algunas verdaderas comerciantes de la voluptuosidad a precio fijo, es decir, las peripatéticas de aquel trozo de Montmartre, al ver aparecer aquella intrusa habían hecho muecas que tenían muy poco de amigables.

Y como Zizí hiciera alarde de un porte altivo, aquello hubiera terminado de muy mala forma si una bandada de montmartreses no hubiese llegado en aquel instante.

¿Dónde se dirigían los alegres muchachos?

No había necesidad alguna de preguntarlo. Se dirigían al último albergue de la «butte», al Conejo Agil, en casa del tío Fredi.

Zizí se dejó llevar, sin resistencia, por aquella cohorte ruidosa.

Por otra parte, no eran solamente hombres los que formaban la pandilla. Había entre ellos varias mujeres, cogidas al azar, las unas aquí, las otras allá, que mostraban el más profundo desprecio por la manera de vivir burguesa, y al mismo tiempo mostraban lo que la decencia ha con-

venido que se tenga envuelto en los correspondientes sujetapechos o, por lo menos, bajo la tela de las camisas.

La pequeña Roudoudou empezaba a vivir su vida.

Había preferido aquello que no la cachetina maternal que le esperaba en la parte más abultada—con no serlo mucho—de su cuerpo.

Cuando hubiera ganado una buena cantidad de francos volvería al domicilio paterno. Y entonces se vería si sus progenitores tenían tupé de guardarle todavía rencor por haberse hecho expulsar de la jaula de aquella vieja vaca de madame Taquien, que había probado no entender ni palabra de arte coreográfico.

El primer arte, después del cinema, para una muchacha que se figura que la existencia no es más que un vasto y trepidante charleston con acompañamiento o sin él.

Detrás del bullicioso grupo iba un joven tímido que llevaba un lampión rojo en el borde de su bastón, y al cual la señorita Boufette, en plena ruptura con su lecho de niña prudente, no prestó más atención que la que pueda prestar la locomotora de un expreso a la última linterna del furgón de cola del convoy.

Recorrieron tantos bares antes de detenerse en el Conejo, que Zizi estaba pasablemente bebida cuando el tío Fredi, para saludarla, retiró, no sin

nobleza, la pipa de la boca y el bonete de piel del occipucio.

—Entre usted, gentil señorita.

Zizí entró y se puso a toser a causa del humo.

Era curioso, pero ya la pequeña comenzaba a ver la vida de muy distinta manera a como la había visto hasta entonces.

Zizí no se había imaginado nunca con vasos espesos, mesas grasientas y cajones de tablas sustituyendo a los divanes.

Y después...

¿Qué eran todas aquellas pinturas y todas aquellas esculturas barrocas?

¿Y aquellas gentes, todas aquellas gentes que la miraban con ojos cercados en gafas de concha y que hablaban una lengua que no conocía?

Ante ella había un vaso lleno, y lo vació.

Fredi había cogido su guitarra y cantó un viejo romance.

Este romance lo conocía Zizí porqué su madre lo cantaba también. Cerró los ojos, creyéndose todavía en el hogar familiar.

Inclinó la cabeza.

¿Qué sucedió?

Zizí no lo supo nunca.

Un griterío se elevó.

Luego se oyó una voz de mujer que decía :

—¿De qué? ¡A ver si una no va a tener derecho a quitarse toda la ropa que quiera !



No le importaba gran cosa que se le vieran los muslos.

—¡ Id al diablo! —exclamó el patrón del Conejo Agil.

La mujer que se había quitado toda la ropa que había querido—y desde luego hay que reconocer que se había quitado bastante, pues mostraba a la curiosidad pública todas sus carnes desnudas desde la cintura para arriba—y toda la banda de alborotadores, comprendida Zizí, se encontraron en medio de la calle.

El aire frío después de la atmósfera de estufa del cabaret, le espantó el principio de borrachera.

Se fijó en la mujer que había promovido el altercado, y al darse cuenta de que lo que mostraba no valía la cosa, se dijo :

—¡ Bah! Para enseñar tan poco, tanto daba el haberlos tenido guardados. De lucir algo, se luce lo que yo enseñé en el taller de costura. ¡ Y que no les iba a gustar a éstos nada, el espectáculo!

La luna se elevaba sobre el cementerio de San Vicente.

La bandada desapareció, dejando a Zizí.

—¡ Me importa un rábano! —se dijo la pequeña con filosofía, y también con un poco de desprecio—. Esa gente me ha permitido no cambiar la moneda. La cosa no va mal.

Y sin orientarse, caminó al azar.

Por todas partes se va a Roma.

Y ella no iba ni a Roma ni a ningún otro sitio.

En las calles sombrías tropezaba a cada paso con parejas amorosas.

¡Puaf!—dijo Zizí—. Se necesita que estas gentes sean idiotas. ¡Como si en el mundo no hubiera otra cosa que hacer que cogerse por el talle e irse lamiendo los hocicos! ¿No tendrán deseos de ver nada estos imbéciles?

Y miró con tanto desdén a un mozuelo que la iba siguiendo, que el hombre giró sobre sus tacones y se marchó en dirección contraria.

—Ojalá estuviera conmigo Melie—se dijo Zizí—. A ella le gusta este espectáculo del besuqueo, y seguro que habría aprovechado a mi perseguidor para ofrecerse una ración.

Echó a andar.

Su perseguidor volvió la mirada y volvió también a la carga; esta vez con paso más seguro.

Y Zizí comenzó a manifestar cierto temor en las callejuelas desiertas.

Primero apretó el paso, y luego terminó por echar a correr.

La calle era demasiado negra, demasiado silenciosa.

Jamás se hubiera podido imaginar Zizí que el verdadero Montmartre fuera una cosa como la que estaba viendo.

Y por tanto, siendo Montmartre un barrio de gallináceas, ¿tiene algo de extraordinario que todos

sus habitantes se acuesten a la misma hora que ellas?

Zizi continuaba corriendo.

Una de sus ligas se le había roto durante la carrera, y la pequeña no se atrevía a detenerse para subirse la media gris de hilo, que habiéndosele caído sobre el tobillo formaba allí un rebujón nada elegante que mostraba al desnudo su pierna de adolescente rubia, su pierna de una blanca carne tentadora.

EN EL QUE ZIZÍ SE MANIFIESTA COMO UNA VER-
DADERA APRENDIZA

Cuando Zizí se atrevió a levantar la cabeza
sonaban las once en un reloj lejano.

Un ruido conocido llegó a sus oídos.

Se hallaba ante el Molino de la Gabette.

La vista de un agente de orden público le dió
valor para poner un poco más de orden en su
vestimenta y reemplazar la liga que le faltaba por
un prosaico trozo de hiladillo.

Estaba todavía con las faldas suficientemente le-
vantadas como para lucir una buena parte de su
muslo de chiquilla, cuando una voz cálida susurró :

—¿Me quiere usted permitir, señorita, que le
ofrezca una entrada y un bock en ese estableci-
miento?

Zizí se volvió rápidamente, sin pensar en ba-
jarse la falda.

Entonces sucedió algo raro.

Aquel desconocido la cogió con una mano audaz

saya y camisa y se las levantó, poniendo al aire el trasero de Zizi, que parecía destinado a refrescarse bien durante aquel día, y exclamó triunfante:

—¡ Ah! ¡ Por fin vuelvo a verlo!

—Pero no por mucho tiempo—respondió la pequeña Roudoudou, bajándose apresuradamente la falda.

Después le miró y dijo:

—Me parece que usted es...

—Sí—exclamó el extraño interlocutor—, soy yo. Soy yo mismo quien ha tenido la suerte de admirarla esta mañana en sus imitaciones de Josefina Baker. Desde hace un rato que la vengo siguiendo con toda su banda.

—¿A mí?

—Sí. Llevaba yo, para no hacerme sospechoso, un lampiÓN rojo en el borde del bastón.

—¡ Ah! ¿Usted era aquella anguila? Pues nada, que me alegro de haberle vuelto a encontrar.

—Y yo también, señorita.

—Seguramente, para verme el trasero; pero yo era por otros motivos.

—¿Por otros motivos?

—Natural. ¿O cree usted que tengo el menor interés por verle el suyo? ¿Sabe usted que ha lanzado a una joven inocente al arroyo?

Aunque el ayudante de arquitecto Ivon Placolle, pues que se trata de él es cosa que ya han averiguado todos los lectores, había tomado un buen

número de medidas para nuevos edificios, para tratar con muchachitas burlonas no las había tomado de ninguna clase.

—¿Sobre... el... arroyo?—preguntó.

—¿No lo comprende?

—No...

—Entonces voy a explicárselo. Si usted no se hubiera presentado esta mañana de una manera tan imprevista, la patrona no me hubiera sorprendido...

—Enseñando el...

—En todo caso, no era para usted para quien lo mostraba—cortó imperativamente Zizi—. Pero los hechos son esos. Por su culpa me han echado a la calle. Por tanto, me debe una reparación.

—Eso es precisamente lo que quiero, señorita Roudoudou (me parece haber oído a sus amigas llamarla de esta forma). Ya le he ofrecido un bock y una entrada.

—¿En el Molino? Muy poco para mí. Porque el «dabe me chére dans le nibé» (1).

A pesar de todos sus estudios de arquitectura, el hombre se quedó de una pieza.

—¿Cómo? ¿Me hace el favor de repetirlo?—preguntó con la frente plegada por el esfuerzo mental.

—¿No ha comprendido? Pues hace falta ser tonto para no entenderlo. ¿Dónde se ha educado usted?

(1) Argot. Es decir . camelo...

—En el colegio—confesó tímidamente Ivon.

—En ese caso, se lo voy a explicar un poco más claramente—dijo Zizí, sentándose en la acera de la calle—. No quiero entrar en el Molino porque mi padre es el calvo que toca el saxófono, y no quiero que me azote el trasero públicamente.

—¿No le ha contado usted lo del taller?

—Ni palabra.

—En fin, eso no tiene ni la menor importancia, señorita Roudoudou. No faltan en París otros lugares donde podemos ir a bailar.

—¿Sabe usted que después de lo de esta mañana la danza no me tienta demasiado? Me gustaría mejor que charlásemos, pero no en un dancing.

—De todas formas, no puedo proponerle que venga a mi casa...

Zizí sumergió su mirada voluntariosa en los ojos del muchacho.

—¿Por qué no? Usted es un buen chico y no me disgusta, a pesar de su aire un poco atontado. Todos los arquitectos son así. Los ha habido a patadas en mi familia.

Ivon Placollet dijo:

—Bueno... Entonces...

Y mandó detener un taxi que pasaba por allí.

—¡Un minuto! ¡Un minuto!—protestó la hija de la señora Boufette— ¿No tendrá usted por casualidad una liga en el bolsillo? Hace un momento que se me ha roto la que sujetaba mi media iz-

quierda, y no me parece decoroso subir por primera vez a casa de mi amante con un hiladillo a guisa de liga. Sobre todo, siendo él quien pretenderá, seguramente, desnudarme.

No sabemos si a propósito o por casualidad, Ivon no tenía ninguna liga.

Incluso llegó a confesar que se sujetaba los calcetines al calzoncillo por medio de dos imperdibles.

—Bueno; eso no tiene importancia—dijo Zizí, siempre con su gran dosis de filosofía—. Me quitaré las medias en el taxi.

Y eso fué lo que hizo.

Así es que Ivon tuvo como anticipo de lo que pensaba recibir la propina de las dos piernas blancas y bien dibujadas, que hacían presumir otros encantos más íntimos y más gratos.

El ayudante de arquitecto la llamaba ya «mi pequeña Zizí»; ella le llamaba «mi pequeño Ivon querido», y mientras que el contador corría al lado del chofer, ellos se besaban golosamente en la boca, camino de la dicha.

¿Cómo era posible que Zizí «se entregara» con aquella facilidad? ¿Acaso?... Lo cierto es que se dejaba querer, que se dejaba «meter mano»—esta es la frase en castellano castizo—de una manera francamente descarada... No apretaba los muslos, no; al contrario, los separaba, estremeciéndose

como si la hicieran un raro y fuerte efecto las caricias... ¡Vamos, que la gustaba!

Ivon, el ayudante de arquitecto, tuvo que pagar ocho francos de taxi. Diez con la propina. Lo cual hizo que el hombre del volante le tratara inmediatamente de pijo.

El chofer no podía imaginarse que, en calidad de suplemento, le habían dejado en el coche un par de medias compradas a cuatro francos noventa en La Samaritana.

* * *

Una escalera sombría y oscura, como todas las escaleras desconocidas.

Zizi vacilaba a cada peldaño.

Ivon la sostenía como mejor podía; pero como intentaba acariciarla al mismo tiempo, no era gran cosa lo que podía sostener..., sino encantos que su imaginación de amante le hacían calificar de redondos, cuando, si se hubiese expresado claramente, hubiera tenido que calificar de encantos por redondear.

La llave giró en la cerradura. Giró durante mucho tiempo porque la cerraja se hallaba descompuesta.

Por fin se abrió la puerta e Ivon encendió la luz.

—¡Es chic esto!—exclamó Zizi.

¡Chic! Era la banal y fría alcoba amueblada, donde nada os pertenece, con la excepción de la toalla puesta a secar en la falleba de la ventana.

Zizí probó las dos sillas poco firmes que había en el cuarto.

Después se quitó el vestido y lo tiró por el aire.

Luego, la camisa.

Todo ello con mucha tranquilidad, que es lo mismo que muy poca vergüenza. ¡Qué chiquilla!

Pantalón, ya sabemos que no llevaba.

Ivon la contemplaba con la misma mirada con que las vacas contemplan pasar los trenes.

Pero no tomaba ninguna iniciativa.

Zizí comprendió que, de continuar así, se iba a quedar helada.

—¿No es ésta la cama?—preguntó.

—Sí.

—¿Entonces?...

El caso era realmente estupendo: una chiquilla como aquella, de la que no tenemos la menor noticia de que estuviese acostumbrada a estos trotes, fué la iniciadora de un momento tan difícil y tan solemne...

¿Que había perdido ya la cortedad con las libaciones y con el «aperitivo» del taxi? Sí; pero es que esta «naturalidad» y desenfado no se pueden dar más que en una pilluela de París.

El caso es que el mozo, ante la tentación irre-

sistible de aquella nenita que se le ofrecía tan seductoramente, con todos los encantos al aire, se desnudó más que aprisa y perdió el sentido al caer entre los brazos de la nenita, sobre sus frescas y ardientes carnecitas...

Frescas y ardientes, sí; porque los senos menudos, y el vientre, y los muslines de la chiquilla, tan fresca y lozana toda ella, echaban fuego...

Y así fué como el palomino atontado reaccionó, como debía haber reaccionado antes de que Zizi empezara a enfriarse.

Y lo que no había hecho un poco antes, lo hizo un poco después, que, al fin y al cabo, viene a ser lo mismo.

QUE TRATA, ENTRE OTRAS COSAS, DEL PRIMO
BONIFACIO

La huída ignominiosa de Zizí dejó a la familia Boufette, a la tía Ernestina, a sus dos galopines y al primo Bonifacio sumidos en la más profunda consternación.

Se olvidaron de los buñuelos.

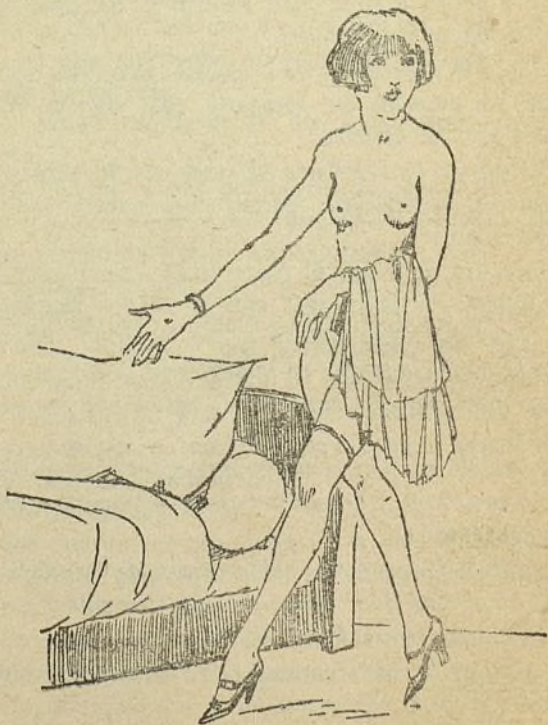
—Para mí que esto es una broma de la pequeña—dijo primeramente papá Boufette—. Vendrá dentro de un instante; sólo que con todas estas aventuras no me queda tiempo de tomar un bocadito y es necesario que me vaya al Molino.

—Si quieres comer un buñuelo—propuso amablemente su esposa—. Un buñuelo y un vaso de vino blanco para que no te vayas con el estómago vacío.

Pero a la sola palabra de buñuelo, el señor Boufette había cogido el sombrero para proteger el cráneo, y como dos precauciones valen más que una, franqueó la puerta.

sillo, mi querido nieto, puedes estar seguro de que no te faltará dinero.

Después, la abuela pidió un vaso de aguardiente y...



—¿Para qué sirve la cama?—exclamó Zizi.

La tía Ernestina cogió también su sombrero.
La fiesta se había aguado.

Entonces, llena de rabia, la señora Boufette descolgó de un armario un grueso listón y prometió solemnemente que las mejillas traseras de Zizi se iban a poner coloradas en cuanto la chica regresase.

Promesa que hizo que los dos hijos de la tía Ernestina, con la esperanza de ver el trasero de Zizi, no quisieran ni oír hablar de ir a buscar sus abrigos y sus gorras.

¡ Pobres chicos !

Pongámonos en su lugar. Se les quería obligar a partir en el instante mismo en que la cosa se iba a poner divertida.

Hubo que llevarlos a empujones hasta la escalera.

Cuando se quedó solo con la señora Boufette, el primo Bonifacio dijo que se desbordaba su corazón.

Era, ya lo hemos dicho, un hombre de principios, y por el momento, sus principios eran que una pieza de oro de veinte francos vale hoy lo menos ciento ochenta y dos. Además, aquella pieza era un recuerdo de familia.

Su abuela se la había legado como un fetiche, diciéndole :

—Mientras tengas esta pieza de oro en tu bol-

Pero esa es otra historia, y como Zizi se alejaba cada vez más, Bonifacio no tenía tiempo para ponerse a contarla.

Cogió su sombrero, exclamando :

—¡La encontraré, nombre de un perro ! ¡ Que pierda si no lo que más aprecio o las diversas formas de servirme de ello !

Sobre el descansillo de la puerta, la señora Boufette se empeñó en abrazarle con efusión por aquel acto de civismo.

El primo de Bonifacio se dejó que lo abrazara y que lo besuquease, porque esto nunca resulta desagradable.

Después de todo, el chico tenía veinte años y se hubiera podido casar con la señora Boufette tal como se había casado el tío Boufette. Ahora que él no sabía soplar en el saxófono, y éste es un truco que siempre resulta del agrado de las señoras.

Los adioses fueron tan conmovedores como los de la castellana y su señor cuando éste partía para las cruzadas.

—Yo la recuperaré—había prometido Bonifacio. Y la señora Boufette se durmió tranquila.

Creía que se trataba de su hija.

¿Es que verdaderamente podía tratarse de otra cosa?

En un drama de familia como aquel...

Pues sí; se trataba de la pieza de oro.
¡ Miserias humanas!

* * *

Es más fácil encontrar una candidatura en blanco de un elector anónimo en una urna de doble fondo que una muchacha en París que se haya escapado de su casa.

El primo Bonifacio se iba a convencer bien pronto.

En ningún rincón del barrio de Batignolles la pequeña Zizi había dejado huellas de su paso. Ni en el puesto de Policía sabían nada de ella.

Cansado—sonaba la una de la mañana—, el primo Bonifacio pensó en regresar a su departamento de Montroux (dos habitaciones, una cocina y una buena asistenta que le realquilaba al escultor Roger Lucas, y en cuya descripción no nos detendremos porque no juega aquí ningún papel, ni siquiera de simple utilidad).

Un taxi merodeaba.

Era uno de esos instantes de la vida en que las más graves preocupaciones no bastan a desalojar la mente de la idea del amor.

Bonifacio, a pesar del luis de oro que había volado con la niña Roudoudou, pensaba en la pequeña asistenta que le subarrendaba su amigo juntamente con el departamento.

Este era un día de gran alegría (si nos atrevemos a expresarnos así), pues una cadena de sucesos se había establecido entre los dos subarrendados.

Subió al taxi soñando con las formas blancas, realizadas por las medias negras, bien altas y tirantes.

¿Por qué puso la mano sobre el neumático en vez de colocarla en el pestillo de la portezuela?

El destino prepara a veces estas casualidades.

El neumático estaba embadurnado de lodo, como todo neumático que se respete. Al ver manchado su guante, el primo Bonifacio se llevó un gran disgusto, pues era un señor muy meticuloso. Después se encogió de hombros.

—¡Bah—pensó—, ya los limpiaré dentro del coche, en los cojines!

Y el taxi partió, tosiendo como un asmático.

Bonifacio ponía sus ideas en práctica rápidamente. Y mientras el chofer ponía gran atención en no perderse por aquellas calles en la única dirección que tenían, el primo se preocupó de limpiar su guante.

Y extendiendo para ello la mano derecha sobre el asiento, su sorpresa fué grande al notar en él un trozo de trapo. Esto no era lo corriente, pues los choferes no suelen ser una providencia para los clientes que se limpian los dedos en su coche.

El primo se apoderó del trapo..., y pudo no-

tar que éste no era otra cosa que un par de medias: un par de medias de jovencita, puesto que no eran de seda. Iba a mirarlas mejor, acercándolas al cristal de la portezuela, cuando una marca roja, como la que hacen los albañiles para marcar el lienzo, le saltó a la vista: «Z. B.»

—¡Zizí Boufette!—exclamó el primo con voz sorda—. Estas son sus medias... ¡Dios mío! ¿La habrán asesinado?

Mandó inmediatamente detenerse al chofer, y blandiendo la pieza de convicción ante la nariz del conductor que no comprendía nada de aquello, dijo:

—¿Quién ha dejado esto sobre vuestro asiento?

—El chofer comprobó que lo que le agitaban ante la vista era un par de medias grises, cuyo color le había chocado desde el primer instante.

—Eso—respondió sin pensarlo demasiado—debe pertenecer a los asquerosos que me han dado dos francos y cinco céntimos de propina después de haber tomado mi coche por una habitación de hotel.

Y contó brevemente cómo habían alquilado su auto aquellos dos extraños clientes, interrumpiéndose a cada instante para tomar al cielo como testigo de sus palabras:

—¡Un coche tan honrado como el mío!... ¡Y han perdido en él hasta las medias! ¡Ah, señor, qué pervertida está hoy la juventud!

Esto aclaró las ideas de Bonifacio. ¡Zizí se había

ido con un gigolo, y con ella, naturalmente, su hermosa moneda de veinte francos!

¡Ah, bien podía darle el último adiós al recuerdo aquel de la familia!

Una buena propina consiguió que el chofer abandonara su reserva profesional. Y diez minutos más tarde el primo se encontraba en el bulevar Garibaldi, ante el hotel que había acogido en su interior a Zizí y al desmadejado Ivon Placolle.

—Es allí, señor—dijo el chofer levantándose cortésmente su gorra—. Allí es donde han entrado.

Y se fué murmurando para sí:

—Este seguramente es un cornudo, porque me parece que no tiene pinta de ser el padre de la niña.

LA NOCHE DE BONIFACIO

Todas las ventanas del hotel se hallaban apagadas.

Bonifacio reflexionó: «Lo cierto es que yo no sé cómo se llama ese hombre. Vamos a contar las ventanas: una, dos, tres, cuatro, cinco; multiplicado por seis, son treinta habitaciones, y otras tantas sin duda alguna en el interior... ¡Diablo, diablo! No puedo llamar a todas esas puertas pensando que sea el gigolo de Zizí el que salga a abrirme. Además, yo no conozco a este señor, porque en mi vida lo he visto...»

Afortunadamente, enfrente del hotel, cerrado a aquella hora avanzada como una casa mala, había un banco.

—De todas formas voy a sentarme—se dijo el primo.

Y una vez sentado se levantó de un salto:

—¡Ya está todo solucionado! Me voy a quedar

aquí hasta que Zizi, acompañada o no, salga del hotel. ¿Cómo diantre no se me había ocurrido esto antes?

Y se preparó a pasar la noche lo más cómodamente posible.

* * *

Una sombra se interpuso pronto entre él y el farol de gas que le alumbraba de frente.

La sombra tenía un vestido rojo y un sombrero amarillo.

—¿Tenéis los pies malos, señor?—preguntó la sombra.

El primo Bonifacio miróse a los pies con inquietud.

—Malos los... ¡No! ¿Por qué lo decís?

—Porque os habéis sentado en un banco a una hora en que no se puede estar sentado sobre un banco si no se tienen los pies malos. Ahora que pudiera ser que estuviéseis embriagado y que no os acordaseis de dónde vivís.

—¿Embriagado yo? ¡Oh, caramba; sí lo estoy! Pero no de lo que pensais. Pero..., decidme, señorita, ¿vive usted en el hotel?

La sombra sacudió el casco amarillo que le servía de tapadera.

—¡No! Pero puesto que no está usted enfermo ni embriagado, podía venir conmigo a otro...

—¿A otro qué?

La sombra le miró estupefacta.

—¡A otro hotel, diantre!

—¡Ah!... A un... Señorita, lo siento con toda mi alma, pero tengo que pasar aquí la noche.

—¡Comprendo! ¿Es una apuesta?

—Es... ¡Sí! ¡Es una apuesta!

Y el eco, es decir, la mujercita vestida de rojo y amarillo repitió:

—¡Es un maniático!

Pero como no se veía en la dificultad de elegir, y puesto que Bonifacio parecía un maniático de los más pacíficos, se sentó sin temor a su lado.

—¿No os molestará que yo pase la noche a vuestro lado?

—¡Al contrario, señorita!

Y le hizo un sitio en el periódico que acababa de extender para no mancharse la culera del pantalón.

—Puesto que hay que pasar la noche en cualquier sitio, procuremos pasarla confortablemente.

La joven no se sentó sobre el periódico. Ella no tenía miedo de mancharse los pantalones.

Como la conversación carecía de alicientes, no tardó ella en proponer:

—Vaya, ratoncito, yo conozco no lejos de aquí un establecimiento que está abierto toda la noche. Si tienes dinero, yo podría ir a buscar pan, jamón y alguna botella de cualquier cosa.

El primo se acordó de que no había cenado. Mostró un bolsillo a la joven; pero como se equivocara de sitio, la mano de ésta tropezó con el portamonedas, y pronto se encargó la muchacha de traer provisiones del establecimiento abierto toda la noche.

El periódico, no demasiado arrugado, sirvió de mantel, y pronto estallaron los taponés del champagne.

No se conciben los placeres de la mesa sin los de la carne. Bajo su rojo vestido, la joven ofreció cosas más agradables que el banco, el cual no tardó en ser transformado en diván. Claro que el hombre no la pudo desnudar como hubiera sido su deseo; pero así y todo no puede decirse que la cosa saliera del todo mal, a pesar de la dureza de la cama.

A aquellas horas intempestivas, ¿quién iba a molestarles?

Esta aproximación a la desconocida y el haber compartido con ella cena y cama, hizo que Bonifacio olvidara a la pequeña de Montrouge y su alojamiento. ¡Nunca se había sentido más joven! Y cuando el alba apareció indecisa en el cielo, la muchacha, sin su abrigo rojo, dormía extenuada en sus brazos de bravo y bello muchacho.

La calle empezaba a verse concurrida. Un mozo del hotel salió con la caja de la basura. Algunas

ventanas se abrieron perezosamente como ojos mal despiertos.

Bonifacio sacudió a la que había tenido por compañera toda la noche y que le había ayudado a pasar la velada mucho más rápidamente de lo que esperaba, y que le dejaba con ganas de volverla a pasar la siguiente noche.

La joven se despertó, supiró, estiróse y miró asombrada al primo sentado a su lado. Luego se acordó de repente, y se puso a reír a carcajadas.

—¡Qué nohecita!, ¿eh, gordito?

—¡Qué noche!...—repitió a la sordina voluptuosamente el primo Bonifacio.

Pero como los primeros trabajadores empezaban a salir del hotel, rogó a la joven:

—Date prisa a marcharte; es preciso que yo tome mi papel.

—Sí... ¡Ah, sí! Tu apuesta.

Y como después de un beso rápido y un poco vergonzoso, porque entonces no tenía la complicidad de la sombra, él le pusiera su óbolo dentro de la mano, la joven murmuró:

—¿Di, querido mío? ¿No me das cinco francos más por haberte economizado la habitación?

* * *

Bonifacio la dejó marchar con bastante pena. ¡Le había prestado un gran servicio aquella muchacha! En su compañía, la noche le había pa-

recido muy corta. ¡Y qué bien se había portado! El primo sintió no haberla pedido su dirección para volverla a encontrar... más tarde, luego...

—¡Bah! Cualquiera noche la encontraré por ahí. No será tan difícil distinguir su abrigo rojo y su sombrero amarillo en la sombra violeta de los faroles de gas.

Por el momento, era hora de preocuparse de las cosas serias. Había que encontrar a Zizí.

No se la había visto aparecer en ninguna de las abiertas ventanas.

Y entre los trabajadores que deglutían un bollo y un mal chocolate, no había más que representantes del sexo feo.

¿No se habría disfrazado Roudoudou para escaparse de él?

Era una idiotez pensar semejante cosa, puesto que la niña no sabía que él estaba sobre su pista.

Por lo tanto, era más idiota aún esperar que apareciera Zizí con los pies desnudos dentro de sus zapatos y una lata de leche en la mano.

Y, sin embargo, así apareció.

Zizí miró a derecha e izquierda para cerciorarse del lado dónde podía encontrarse la lechería, y cuando se creyó bien orientada, en vez de un vendedor de huevos, mantequilla o leche, fué el primo Bonifacio el que se irguió ante su vista como la estatua del Comendador.

Al menos con la misma majestad.

DESPUÉS

Un autor muy espiritual, y que en un instante se hizo el historiógrafo de las jóvenes, M. René Le Coeur, se ha entretenido en demostrar una fantasía de las más filosóficas sobre las primeras palabras que se pronuncian «después».

El «después» de la niña Roudoudou fué de los más sencillos.

Cuando se despertó se encontró sola, sola completamente, y en un gran lecho desconocido para ella.

Ivon Placolle había desaparecido. No quedaba nada de él; ni aun sus tirantes, lo que podía haberle dado la esperanza de que estuviera en el W. C.

Zizí dejó escapar por sus mejillas lágrimas silenciosas por su honor perdido, y en su soledad se puso a llamar a su madre, cosa que se había

olvidado de hacer la víspera en un instante mucho más apropiado, y en el que todas las recién casadas lo hacen, aunque el recién casorio sea sin dar cuenta al alcalde del distrito.

Y cuando las lágrimas se escurrieron y dejaron a sus ojos claridad, vió sobre la mesa redonda una carta, una moneda y una lata de hierro blanco.

Saltó del lecho desnuda aún :

«Aquí tienes dos francos—decía la carta—, y ve a buscar leche.»

—De todas formas, esta mañana no me moriré de hambre!—se dijo la niña Roudoudou; y se puso con toda rapidez su camisa y su vestido para ir a buscar provisiones como se la rogaba.

Su estupor fué tan enorme al reconocer al primo de los buñuelos en la primera persona que se echó a la cara, que estuvo a punto de soltar el bote de leche que le había encargado el arquitecto, los dos francos y el conocimiento.

—Te traigo tus medias—dijo sencillamente el primo—; vamos a ponértelas los dos juntos: podrías costiparte.

Y así fué cómo el primo Bonifacio entró en la habitación donde había sucumbido la pequeña Zizí, muchacha respetable de la señora Boufette.

La conversación no fué de las más fáciles para entablar.

Sin embargo, con mucha dulzura—a su edad él podía permitirse tal cosa—el primo sentó a Zizi sobre sus rodillas.

—Dímelo con toda franqueza, querida mía; no diré nada a tu papá ni a tu mamá. ¿Tú no le habrás dado?... ¿No es eso? ¿Se lo habrá tomado?

—No me ha maltratado lo más mínimo. He sido yo quien se lo ha dado gustosa. ¿Qué querías que hiciera? No es un chisme que se conserva toda la vida. Y a mis años...

El primo había dado un salto, precipitándose sobre la pequeña Roudoudou.

—¿Que se lo has dado? ¿Que se lo has dado? ¡Pero, desgraciada!, ¿no sabes tú que eso vale hoy lo menos ciento ochenta francos?

—La dicha de toda la vida bien merece un sacrificio de ciento ochenta francos. Además, que me gustaría saber quién es el viejo sátiro que los ha tasado en esa cantidad.

—...Que era un recuerdo de familia—proseguía el primo Bonifacio.

—Eso ya lo sé yo tan bien como tú—dijo la pequeña Zizi haciendo un movimiento giratorio con la mano.

—Y que no se acuñará otro igual en cientos de años.

—Aunque acuñaran uno nuevo, ¡como no me lo iban a poner a mí!...

—¡ Un luis! Un luis al que estimaba yo como a las niñas de mis ojos..., que me lo había entregado mi abuela como recuerdo.

—¿Cómo?

Ante esta confesión, la joven Zizí se levantó sobre su pequeño trasero.

—¿Tu...? ¡ Ah, primo Bonifacio, qué farsa más divertida! Entonces ¿es tu luis lo que andabas buscando? Figúrate que yo creí que por lo que me estabas preguntando era por mi...

—¿Por tu qué?

La pequeña Roudoudou, para no ponerse encarnada y para no tener que dar noticias de aquello que había dejado que se le volatilizase, del precinto que ya no podría mostrar jamás en el lugar correspondiente, se revolcó sobre la alfombra en una verdadera crisis de hilaridad.

—¡ Bueno, bueno!—decía el primo Bonifacio—. ¿Qué es lo que te sucede? La pena le ha debido alterar la cabezota. Esta chica se ha vuelto loca. ¡ Agua! ¡ Agua! ¡ Vinagre!...

Pero sobre la alfombra Zizí continuaba torciéndose de risa sin ningún pudor de que su pequeño vestido se hubiera alzado hasta el punto de que estaba mostrando todo aquello que la camisa no podía cubrir.

Por otra parte, el primo Bonifacio había visto muchas cosas como aquellas que Zizí enseñaba; pero no sé lo que tiene ese espectáculo que siem-

pre que se ve parece nuevo y como si se viera por primera vez, que la cosa es que gusta admirarle, y ya se quedó con la boca abierta y la mirada fija en los encantos de su prima.



Zizi saltó de la cama completamente desnuda.

—Te ruego—logró ella articular entre dos carcajadas—que no grites como lo estás haciendo. Vas a llamar la atención y expulsarán de aquí a Ivon. Te voy a devolver tus veinte francos en oro. No te pongas triste. Los conservarás todavía

el año que viene para fabricar los buñuelos. La única que no tendrá lo que esta mañana tenía seré yo, porque cosas de esas no se acuñan dos veces.

Revolviendo en los bolsillos de su vestido, sacó el bello luis, del que el primo se apoderó con manifiesta satisfacción.

Lo miró, lo remiró, lo arañó, hizo con él toda clase de manigancias para convencerse de que se trataba efectivamente del suyo, le hizo relucir en la manga antes de sumergirle en el bolsillo y se precipitó luego hacia la alfombra para coger entre sus brazos a Zizi.

—¡ Ah, simpática Zizi! ¡ Qué susto me has hecho pasar!... Ven aquí que te abrace.

Cuando la tuvo bien cogida, como creyó que era llegado el momento de regocijarse, la cubrió de besos.

La cosa había empezado amistosamente, pero como ya lo dice el refrán español, que el hombre es fuego y la mujer estopa, pues fué el diablo, sopló en aquel lfo y, claro, el asunto se incendió.

El pensó que puesto que no se le oponía ningún género de dificultad y la cama estaba allí mismo, sería una tontería el limitar su acción a objetivos pueriles; y ella se dijo que por la puerta por donde había entrado un desconocido bien se le podía autorizar al primo Bonifacio a que la franquease...

Al fin y al cabo, era de la familia.

Y los dos juntitos, como es de rigor en estos casos, se dieron prisa y buena maña para satisfacer sus mutuos deseos...

Y el primo Bonifacio franqueó la puerta y se quedó con la moneda de oro. Ya había hecho bastantes despilfarros convidando a jamón y vino a la grulla del abrigo rojo.

EN EL QUE SE DA REMATE A ESTA HISTORIA QUE
EMPEZÓ POR UN CHARLESTON Y CONTINUÓ
CON UNOS BUÑUELOS

El primo de Zizí, aunque fuera viajante de comercio en las horas que le dejara libre la vagancia, no por eso estaba acostumbrado a recibir patadas en el trasero.

Lo que le sucedió fué tan rápido y ta inesperado, que jamás el hombre podrá contar sus impresiones.

Echando fuego por las narices, Ivon Placelle se encontraba en mitad de la estancia ante Bonifacio, que se hallaba en mangas de camisa.

—Como frescura, amigo mío, no es mala frescura la suya. Entro y encuentro dos tazas, mi navaja de afeitar manchada aún de jabón y mi mujer ocupada en servirle... ¡Vaya!... La chica no ha invertido mucho tiempo en buscarse un amante. Pero eso no quedará así. Sepa usted que yo no soy ningún cornudo. ¡Soy un ayudante de arquitecto!

¿Me oyes, pequeña desvergonzada, hija de la calle?... Te expulsó de mi casa y...

Y la desgraciada Zizí, que había abandonado el hogar familiar sin ruidos de tambores ni de trompetas para que no le calentasen el trasero, hubiese recibido un buen puntapié si el primo Bonifacio no se hubiera interpuesto valerosamente.

—Un minuto, señor...

Ivon saltó bruscamente :

—¡ Ah ! ¿ Es con usted con quien desea que me explique primeramente ?

Bonifacio ejecutó una retirada prudente alrededor de la mesa.

—Si la cosa no le es molesta, le ruego que para discutir se quite los zapatos.

—¿ Los zapatos ?

—Sí ; he podido comprobar que tienen la suela bastante dura y...

—No lo usaré de nuevo.

—Con eso me basta. Escúcheme. En primer lugar, esta señorita no es su mujer. No estamos en América para casarnos en veinticuatro horas. La señorita vivía, ayer mismo, con su familia, y yo sé algo de eso, porque precisamente estaba haciendo buñuelos...

—Y, seguramente, los pensaba usted hacer también aquí y por eso se ha puesto en mangas de camisa.

—No se altere usted, amigo. Continúe sentado, que voy a seguir mi historia.

Con toda clase de detalles, el primo Bonifacio hizo referencia a lo sucedido el día de la Candelaria, aumentado con los informes que le había dado Zizi, y que él ignoraba si Ivon los conocía o no. Es decir, la despedida que a la chica habían hecho en el taller Taquin. Luego, después de una bella peroración, explicó el uso que había hecho de la navaja de afeitar para hacerse la «toilette», después de una noche pasada sobre un banco, y concluyó :

—Todo esto no impide, señor, que haya usted desviado de su deber a una jovencita honesta. Ahora me toca, por tanto, a mí preguntarle qué es lo que tengo derecho a pensar de su conducta.

El ayudante de arquitecto bajó la cabeza.

—Señor, al traer a la señorita Zizi a esta su casa, mis intenciones eran puras. ¿Quiere usted concederme su mano?

El primo no pudo menos de sonreírse :

—El que me pida a mí la mano de Zizi—dijo— es exactamente igual que si me solitara autorización para poner un anuncio luminoso en el Arco de Triunfo. Es a la señora Boufette a quien tendrá usted que dirigirse, amigo mío. Ella le esperará esta tarde, a partir de las dos.

Y después de este pequeño discurso, se puso la

americana y cogió a la pequeña Roudoudou de la mano.

—Y ahora—le dijo—sígueme. He prometido a tu desgraciada madre conducirte a su lado, y no quiero faltar a mi palabra. Hasta las dos de la tarde, señor, y no falte usted tampoco a la suya.

* * *

Las cosas se arreglaron lo mejor que se puede imaginar.

Evidentemente que hubo un poco de tirantez cuando Roudoudou se encontró en presencia de su señora madre; pero Ivon, al llegar antes de la hora en que se le esperaba, impidió toda manifestación intempestiva.

La mano de Zizí le fué concedida.

Fué una bonita boda, de la que se habló durante algún tiempo en el apacible barrio de Batignolles.

El padre de Zizí se aprovechó de la circunstancia para buscar un amigo que le reemplazara en el Molino, y se estuvo tocando la corneta toda la noche.

La tía Ernestina estrenó un traje corto de seda color pulga que la rejuvenecía de tal manera, al mostrar sus piernas hasta las rodillas, que la buena dama estuvo temiendo durante largo rato que se la tomara por la señorita de honor.

Lo cual hubiera estado muy lejos de agradar a

Melie, a quien se había confiado este papel, sirviéndole de caballero el hijo mayor de Ernestina.

En cuanto al otro, se le había encontrado una encantadora compañera en la hija de la portera, que a pesar de sus quince años llevaba todavía calcetines, para hacer que su mamá pareciese menos vieja.

Con las pantorrillas desnudas de la muchacha, el chico tuvo entretenimiento para toda la fiesta, y a veces su mano se deslizaba un poco más arriba de la rodilla; pero cuando la ascensión se prolongaba, la hija de la portera le llamaba al orden y el hombre volvía a sus bases.

Ernestina tenía razón cuando afirmaba que aquel chico era, en todo, el vivo retrato de su padre.

Durante el cortejo, el primo Bonifacio dió el brazo a la señora Boufette; pero en la sacristía se encontró con una misteriosa invitada con abrigo rojo y sombrero amarillo, que presentó inmediatamente como una pariente de provincias.

La pobre chica, por haber pasado una noche tomando un banco por un colchón de miraguano, tenía también derecho a participar en el ágape.

Al terminar los postres, el primo Bonifacio anunció con mucha gravedad que tenía que depositar algo en la «corbeille» de la recién casada.

Todo el mundo guardó silencio.

Todo el mundo, menos la chica de la portera, a quien su caballero no cesaba de cosquillear las pan-

torrillas, lo que le valió una mirada tan furiosa de su madre, que dejó la mesa precipitadamente.

Ni que decir que su caballero salió detrás de ella.

Y que ambos fueron a ocultarse a un rincón.

Y que allí siguió cosquilleándole las pantorras.

Bonifacio sacó con majestad el luis de veinte francos oro del bolsillo de su chaleco y lo puso en la manecita de Zizi.

—Guárdala tan cuidadosamente y durante tanto tiempo como yo. Seguro que te traerá suerte.

Los aplausos sonaron.

—¡ Encantador !

—¡ Delicado !

—¡ Este Bonifacio !...

—¿ Y para mí?—preguntó el marido, riéndose—. ¿ No hay nada para mí ?

—Sí—contestó Bonifacio sonriendo—. Tengo algo para usted. Levántese un poco. Así. Recoja los faldones de la chaqueta. Perfectamente. ¡ Tenga !

Y con toda su fuerza, el bravo primo aplicó la punta de su zapato al trasero de Ivon Placolle, exclamando :

—Es el puntapié que usted me dió a guardar en su alcoba. Yo se lo devuelvo. Ha resultado un poco pequeño; pero la culpa es mía, que nada me sale a derechas.

Todo el mundo se rió hasta las lágrimas, incluso

el marido, porque ya se sabe que esa clase de bromas están toleradas en semejantes días.

Y es por esto por lo que, sin pedir disculpa, vamos a poner fin a nuestra historia.

La «soirée» danzante que siguió no presentó ningún interés, porque la ex Zizi-Roudoudou-Boufette, convertida ante Dios y ante los hombres en señora de Placolle, no se entregó a los furores del «black-bottom», que su marido deseaba reservarse para la intimidad.

Por otra parte, el día de su boda, no se pregunte el porqué, Zizi tenía un pantalón públicamente cerrado, y los concurrentes no hubieran podido ver la parte carnosa y redonda de su cuerpo que exhibió ante las oficialas del taller Taquin.

Ya en lo sucesivo no lo pudo ver más que un hombre...

Digo, dos.

Porque también el primo Bonifacio...

FIN

Compre usted

LA BELLEZA

Publicación mensual

Albumes de sugestivas
fotografías de las mujeres
más guapas del mundo.

UNA peseta